

IN TEOTIHUACAN TLAPATINI,
¿UN HOSPITAL TEOTIHUACANO?

Eduardo Corona Sánchez^a y Amaceli Lara Méndez^b

^a*Dirección de Etnohistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia*

^b*Dirección de Antropología Física del Instituto Nacional de Antropología e Historia*

RESUMEN

La arquitectura teotihuacana puede caracterizarse por un marcado manejo de espacios públicos y privados, según la función de las edificaciones. Dentro de ese contexto hay construcciones que nos “hablan” de las instituciones que las crearon, que a su vez fueron producto de su estructura estatal cuyas diferencias fueron marcadas por los arquitectos teotihuacanos. Estas construcciones “juegan” con la dimensión y distribución del espacio en relación con la función que cumplían y se refleja en la pintura mural que las decora. Con ese planteamiento, mediante técnicas de análisis de contrastación de funciones del espacio social con la interpretación de los testimonios de los murales, proponemos, de manera interdisciplinaria, que la unidad urbana del “Palacio de Tepantitla” funcionaba como hospital o *tlapatini* para incidir en la relación salud-enfermedad en la población de la ciudad de Teotihuacan.

PALABRAS CLAVE: Tepantitla, murales, espacios arquitectónicos.

ABSTRACT

Teotihuacan architecture can be characterized by a strong management of public and private space, according to the function of buildings. Within that context there are constructions that “talk” of the institutions that created them, which in turn resulted from the state structure which differences were marked by the architects. These constructions “play” with the size and distribution of space in relation to the role played, which is reflected in the mural that decorates them. With this approach, by contrasting analysis techniques of social space functions with the interpretation of the testimonies of the murals, in this paper we propose to show, in an interdisci-

plinary way, that the urban unit of the “Palace Tepantitla” worked as a hospital or *tlapatini* to influence the relationship between health and disease in the population of the city of Teotihuacan .

KEYWORDS: Tepantitla, murals, architectural spaces.

INTRODUCCIÓN

Teotihuacan ha sido y continúa siendo objeto de diversas investigaciones, sobre todo arqueológicas, aunque también se han realizado estudios en los restos osteológicos allí encontrados; desde la perspectiva lingüística, la lengua que se hablaba continúa siendo un enigma. Desafortunadamente, en cuanto al estudio arqueológico, solamente ha sido explorada y analizada una parte, y de lo que ha sido rescatado todavía hay preguntas sin resolver, éste es el caso del “Palacio de Tepantitla”.

Desde una perspectiva transdisciplinar se analiza este espacio arquitectónico prehispánico: se reflexiona sobre el papel de las instituciones en el estado teotihuacano, donde su organización sociopolítica dio cabida a características y funciones específicas. Esto es evidente en las áreas de: residencia, religiosas y administrativas, por lo que es posible plantear que el Estado tenía una clara preocupación y ocupación por mantener la salud de sus ocupantes. Así, retomamos el planteamiento de Eulalia Guzmán (1972: 134-136) para afirmar que en Tepantitla se construyó un lugar donde las personas recibían algún tipo de tratamiento para recuperar su salud, tal como fue plasmado en sus murales.

EL PAPEL DE LAS INSTITUCIONES EN LA FORMACIÓN SOCIOECONÓMICA DEL ESTADO TEOTIHUACANO

Teotihuacan, una de las ciudades más ampliamente exploradas y analizadas en términos urbanos, ha llamado la atención y continúa despertando interés entre neófitos y especialistas por los avances en su planificación: calzadas, calles, ríos desviados e incluso navegables, uso de estuco para cubrir sus avenidas, edificios, muros y pisos, drenajes que entrecruzan la ciudad (Cabrera Castro 2002), así como baños, cajas sépticas y una serie

de edificios que expresan una preocupación y ocupación del Estado por el bienestar de sus habitantes.

En el estado teotihuacano no sólo se construyeron servicios urbanos, además se requirió de una serie de instituciones que le permitieron funcionar como tal, con base en obras de tipo social, además de una estructura política y económica. Así, en la traza urbana no sólo se observa y constata la planificación de barrios a manera de un condominio horizontal intercomunicado (Millon 1973), también existieron plazas mercantiles (frente a La Ciudadela), centros religiosos (Plaza del Sol y La Luna), espacios de carácter público institucional, áreas administrativas (Plaza Jaguares, Quetzalpapalotl), escuelas (Tetitla) y casas de guerreros (Atetelco), entre otros, de acuerdo con las necesidades sociales, distinguiéndose los diversos papeles que los individuos desempeñaban y que se articulaban en la ciudad.

En función de la existencia de esas instituciones, tenemos que aceptar que se trata de un estado. Teotihuacan como ciudad expresa una formación social estatal, que ordena las funciones administrativas y de organización de la comunidad por medio de las instituciones que el Estado consideraba básicas para la reproducción de la sociedad, entre ellas proponemos la existencia de un hospital o *tlapatini* en el edificio de Tepantitla, dedicado a la atención del proceso salud-enfermedad.

Con base en este paradigma abordamos la funcionalidad arquitectónica de los espacios, aunada a la definición social de sus unidades. Contrastamos los planteamientos de la antropología física, expresados en la distribución y características de los espacios, con los de la etnohistoria en la lectura de los murales, que a manera de textos define el papel institucional del edificio. También contamos con la colaboración de médicos y arqueólogos, como soporte en la idea de percibir este espacio como un todo, estableciendo así el perfil de sus actividades.

LA DISTRIBUCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DEL ESPACIO ARQUITECTÓNICO EN TEOTIHUACAN

Según la mitología, Teotihuacan fue fundada en un lugar donde los dioses se reunieron alrededor de una hoguera, para que a través del sacrificio se crearan el Sol y la Luna. Esta identidad sacra se expresa en su diseño

urbano, que al dividirse en cuatro segmentos reproduce las cuatro direcciones del universo; además, sus grutas, calzadas y pirámides definen los tres niveles verticales en que se dividía el universo: el inframundo, la superficie terrestre y el celeste.

A su vez:

la traza urbana de Teotihuacan estaba formada por dos grandes ejes perpendiculares que se cruzaban en su parte central, orientados hacia los cuatro puntos cardinales, formando grandes calzadas a cuyos lados se edificó un gran número de conjuntos arquitectónicos, debido a lo cual esta ciudad se convirtió en la mejor planificada de Mesoamérica (Cabrera Castro 2004: 75-76, en González Miranda 2009: 31).

Por supuesto, esta planificación tuvo gran influencia en sus habitantes; así, por medio de su análisis nos aproximarnos a diversos aspectos de su cultura en el más amplio sentido, “así como de las relaciones que los teotihuacanos tuvieron con otras culturas de su época” (*op. cit.*).

Según algunos, Teotihuacan era una ciudad totalmente pintada; quienes se dedicaban a esta tarea, estaban capacitados para escoger los pigmentos, prepararlos y aplicarlos sobre los muros pulidos. La calidad del trazo y la armonía de los murales, unidas a la expresión de determinados motivos, resultan impresionantes. Por lo tanto, debieron existir escuelas en las que se formaban arquitectos, escultores y pintores. Para ello, la cultura teotihuacana definió sus propios principios, estilos y características. De tal forma que los diversos espacios arquitectónicos hasta ahora descubiertos hablan de la manera en que éstos fueron utilizados.

Espacios arquitectónicos para distintos usos

En los trabajos dirigidos por el antropólogo Manuel Gamio en Teotihuacan, quedó establecido que los teotihuacanos utilizaron los materiales de la región para edificar sus construcciones, cuyas cualidades aprovecharon al máximo. Entre ellos están: el tepetate, material muy permeable que transmitía el agua, servía como aislante e impermeabilizante; el tezontle (roca volcánica porosa, fácil de labrar, color rojizo o negro) se utilizaba como hormigón desmenuzado en grano grueso o como especie de “grava”, unido a algún cementante natural protegía de la humedad el interior de las construcciones, además se colocaba el estuco como la última capa, muy bien pulida a base de cal. En el caso de los muros con pinturas,

éstos tenían mampostería de tepetate (Margain 1966); los pisos, calles y calzadas estaban muy bien nivelados y también se cubrían con estuco, formando una costra superficial de cal bruñida y pintada, sobre la que se podía caminar con los pies desnudos o calzados con sandalias.

Los espacios arquitectónicos se crearon para satisfacer las necesidades de la sociedad. Son el reflejo de una organización política compleja, que con base en su ideología expresaba relaciones sociales de producción diferenciadas. Por lo tanto, y siendo Teotihuacan una gran urbe, los espacios debieron concebirse en función del tipo de actividad y de los grupos sociales que los ocuparon. Al tratar de comprender cómo se integró esta sociedad, han surgido propuestas e hipótesis basadas principalmente en la distribución espacial de los conjuntos arquitectónicos ubicados alrededor del centro urbano, así como por la concentración de materiales específicos en áreas delimitadas (Cervantes Reyes 2007).

Los barrios

El arqueólogo Rene Millon (1976) fue de los primeros en plantear la existencia de barrios en la antigua ciudad. También consideró que los barrios conformaron un nivel intermedio de organización entre la ciudad y el conjunto departamental, con lazos económicos, sociales y rituales, que condujo a la integración cultural y social de la población. Esta misma organización, con algunas variables, correspondió a las diferentes fases de desarrollo de la propia ciudad, ya que los cambios sociales generaron la necesidad de crear nuevos espacios para albergar y agrupar a los diversos grupos; para ello, se construyeron complejos habitacionales que adquirieron características específicas en cuanto a su distribución.

Así, los barrios presentaban diferencias en su composición e identidad (Millon 1973; Manzanilla 1993; Rattay 1987; Altschul 1987; Gómez 2000, 2002; Cabrera 1997, en Cervantes Reyes 2007). Estuvieron integrados por grupos de artesanos con diferentes especialidades, por migrantes que se asentaron en Teotihuacan provenientes de otros pueblos mesoamericanos o por comerciantes (Millon 1966, 1973, 1976, en Cervantes Reyes 2007).

Si bien los barrios en Teotihuacan como unidades sociales son resultado de las estrategias políticas y económicas del Estado para lograr la cohesión social y el control de la producción, algunos conjuntos arquitectónicos se distinguieron por sus mejores acabados y mayores

dimensiones, además de una diversa distribución de sus espacios, con funciones distintas a las de habitación, como la enseñanza, los ritos, la administración política, la concentración de determinados grupos (como sacerdotes o guerreros, entre otros), que funcionaban como verdaderas instituciones que “armaban” en diferentes sectores de la ciudad una red de servicios que reproducían la identidad del Estado con la comunidad y de la comunidad con el Estado.

Áreas de residencia

Los Millon (1976: 227, en Rattray 1978: 42) señalaban que los cuartos tan apiñados en la Ventilla B y Tlamimilolpa indicaban un estrato social inferior. Su gente posiblemente ocupó el más bajo nivel identificado hasta ahora en excavaciones en Teotihuacan; y puesto que los dos edificios fueron ocupados durante más de cien años, parece que siempre tuvieron esta característica socioeconómica.

También había conjuntos de departamentos: estructuras conformadas por un gran número de cuartos con o sin pórticos, distribuidos generalmente alrededor de un patio hundido formando unidades. Muchas de estas estructuras estaban conectadas entre sí por pasillos, con un sistema de drenaje subterráneo y grandes muros que las delimitaban y las rodeaban (Millon 1973, 1976, en Cervantes Reyes 2007). Una característica que hay que resaltar de los llamados “conjuntos de departamentos” es que daban privacidad a sus habitantes; ya que estaban aislados, sin ventanas hacia el exterior y tenían un solo acceso. Estos conjuntos junto con los barrios fueron las unidades básicas de organización habitacional de la ciudad. Algunos de los conjuntos explorados y que forman parte de la ciudad son: Atetelco, Tetitla, Zacuala, Tlajinga 33, Ozttoyahualco, Teopancazco y Yahual, entre otros.

Áreas religiosas

Los templos eran espacios arquitectónicos cerrados, construidos sobre un basamento que se ubicaba alrededor de una plaza, que también podía estar limitando patios. Los templos teotihuacanos se caracterizan y distinguen de otros espacios arquitectónicos por sus dimensiones, acabados de alta calidad, decoración simbólica y orientación. Además, se accede a ellos

por medio de una escalinata flanqueada por alfardas asociadas a cuerpos de talud y tablero, y por un pórtico. Al parecer, los templos sustituían a las montañas sagradas, donde vivían los dioses o donde se tenía comunicación con ellos por su cercanía al inframundo y al nivel celeste. Es decir, el templo es el lugar ritual donde convergen el espacio y el tiempo, representaban el “centro”, el lugar donde comenzó el tiempo, y del cual surgió y se estructuró el cosmos.

Espacios institucionales

Tanto el patio como la plaza pueden aludir a un “centro”; sin embargo, las plazas como lugares públicos y abiertos habrían sido destinadas tanto para la celebración de rituales, ceremonias en las que se reproducía el tiempo mítico, como para actividades de gobierno y administración de las unidades sociales, pues en los espacios abiertos los miembros de los diferentes grupos sociales teotihuacanos participaban en la reproducción de su papel en determinado grupo o clase social y en el Estado, por lo tanto eran fundamentales en las actividades que servían de cohesión social. Así, si bien algunos patios eran accesibles sólo para guerreros, sacerdotes o comerciantes, como integrantes de la clase dominante; otros espacios abiertos, como las plazas, las escuelas, los hospitales, los mercados, etcétera, eran accesibles para el resto de la población.

Murales y espacios arquitectónicos

Las unidades arquitectónicas se conformaron por diferentes espacios abiertos o cerrados, pero lo más importante es entender su distribución. De hecho, ya se ha identificado como un patrón generalizado en los conjuntos habitacionales de esta gran ciudad prehispánica, pero con sus respectivas variantes que reflejaban diferencias en las relaciones sociales, las cuales, si se tiene identificada la distribución de los espacios con la pintura mural, se puede inferir la función de un espacio arquitectónico en particular.

Esto lo planteamos en la medida en que la pintura mural en Teotihuacan se presenta como un sistema de comunicación escrita, que simbólicamente puede definir la función ritual del edificio, como sucede en La Ventilla, pero también es evidente el uso de esos espacios por cierto grupo

social, como el de los militares en Atetelco, o con la identidad del grupo gobernante, como se aprecia en los murales del Quetzalpapatl, o bien, para relatar actividades de la vida cotidiana e incluso de actividades específicas de terapia curativa, como se evidencia en Tepantitla.

EL PROCESO SALUD-ENFERMEDAD EN EL MÉXICO PREHISPÁNICO

Antes de la llegada de los españoles a América, y en lo que ahora conocemos como República Mexicana, había ciertas estructuras de atención médica en las diferentes culturas establecidas. En esta zona de Mesoamérica, como en muchos de los pueblos, el ejercicio de la medicina no sólo estuvo en manos de los sacerdotes. Quizás un buen ejemplo de ello sean los aztecas, de quienes se han identificado personajes relacionados con las curaciones. Lo que sí se sabe y ha quedado como evidencia de una vida difícil han sido algunas patologías identificadas en los restos óseos hasta ahora analizados por los antropólogos físicos: osteoartritis, diversas afecciones de la cavidad bucal (principalmente caries) y traumatismos (fracturas). En raras ocasiones se ha encontrado evidencia de intervenciones quirúrgicas; pero hay, por ejemplo, huellas de una posible cirugía en el cráneo. De la misma manera, los restos óseos también “hablan” de una vida difícil entre los teotihuacanos: acentuadas inserciones musculares en huesos largos, así como entesopatías en calcáneo y astrágalo que evidencian las fuertes actividades realizadas.

No se sabe mucho más acerca de la vida cotidiana de los antiguos teotihuacanos; pero otros interesados en este tema hablaban de la medicina teotihuacana, tal es el caso de Alfonso Caso cuando apenas se habían descubierto, así como de Somolinos D'Ardois (1984: 82), quien se refería a los frescos de Tepantitla como una clara evidencia de la medicina teotihuacana. Este autor señaló que “desgraciadamente para el historiador médico de Teotihuacan los restos arqueológicos son muy débiles. Para estudiar otros aspectos quedan edificios, pinturas, vasijas, estatuas, pero no somos capaces de encontrar la huella directa de su actuación médica”. Somolinos D'Ardois estaba consciente del papel estatal y político, de interés general y público, que lograron alcanzar los teotihuacanos en metas sociales muy por encima de otros pueblos. Para este autor: “los médicos teotihuacanos alcanzaron a poseer, por primera vez en Mesoamérica”

aquella técnica indispensable para que el acto médico pudiera integrarse como tal, y aquellos que lo practicaran, ser considerados como poseedores de una verdadera “medicina”.

La práctica de aquellos que curaban en Teotihuacan, como otros en Mesoamérica, debió oscilar entre la magia, la religión y las prácticas empíricas. Por lo tanto, debieron existir diversos expertos. Así, en el caso de un hospital, en el que tiene lugar la interacción hombre-sociedad en la relación salud-enfermedad, según los médicos especialistas,¹ se requieren de espacios para seguir los diferentes pasos que permitan, a partir del padecimiento, definir la enfermedad o para lograr o no su sanación y retorno a sus actividades cotidianas: a) observación corporal del estado que presenta el paciente o enfermo, b) manipulación táctil para diagnosticar, c) definición de la enfermedad o afección, d) decisión sobre el proceso metodológico curativo, lo que implicaría otro tipo de espacios para el tratamiento (según el sexo o tipo de enfermedad), y e) aplicación de curaciones, así como de convalecencia y reposo. Además, contaría con espacios para un proceso curativo especializado para urgencias, para cirugías, así como con áreas públicas o para especialistas en la curación e incluso un altar o templo propios.

TEPANTITLA, UN ESPACIO ARQUITECTÓNICO DIFERENTE

El mal llamado Palacio de Tepantitla “se trata de un conjunto departamental que fue accidental y parcialmente encontrado en los años 40, cuando Pedro Armillas hacía trabajos arqueológicos en el entonces llamado *Grupo Viking*” (Fuente 1995: 140). Según Villagra (1954: 78, en Fuente 1995), Tepantitla, nombre en náhuatl, significa “el sitio o lugar de los muros” o “de los paredones altos”. El antropólogo Pedro Armillas encabezó las exploraciones que habrían de dejar al descubierto el Patio de los Tláloc Rojos y el complejo designado como Tlalocan. Alfonso Caso (1942) interpretó el supuesto Tlalocan de Tepantitla, diciendo que éste representa escenas relacionadas con lo que las fuentes documentales dicen acerca del “Paraíso de Tláloc”: el lugar de felicidad donde llegan los que han muerto honrosamente en la guerra, las madres fallecidas en el parto y

¹ Apreciación: Alfredo Corona, médico general y cirujano; Javier Niño, gastroenterólogo, y Xavier Díaz, internista.

otros que sucumbieron por males y sucesos relacionados con el agua. Esta interpretación ha sido admitida y repetida en la enseñanza y divulgación de la iconografía mesoamericana.

En este trabajo relacionamos la cultura material y el espacio partiendo del presente, para hacer inferencias del pasado funcional del “Palacio de Tepantitla”. Coincidimos con Maricarmen Serra Puche (1980) cuando afirma que la problemática que se plantea en las relaciones espaciales de la cultura como reflejo de la organización social, la actividad humana, la conducta, etcétera, resulta difícil de enfocar; aun cuando se realice una excavación extensiva y se analice la distribución espacial de los restos materiales localizados con exactitud, no pueden inferirse las relaciones de parentesco, alianzas matrimoniales, áreas de actividades femeninas y masculinas, división del trabajo, entre muchos otros aspectos.

El *tlapatini* u hospital en Teotihuacan

Ya Eulalia Guzmán (1972: 134-136) había señalado, con base en la observación de las actividades representadas en los murales, que Tepantitla debió funcionar como una clínica. Al respecto, considerando también que la pintura mural daba soporte visual a la funcionalidad de los espacios arquitectónicos en Teotihuacan, pero también los espacios que lo integran como unidad, entonces cabe la posibilidad de que Tepantitla fuera dedicado a atender a los enfermos en esa gran urbe a manera de un hospital o *tlapatini*.²

En este sentido, analizando este conjunto notamos el acceso amplio pero controlado, cuartos anexos a ese control y espacios abiertos en donde se puede concentrar un mayor número de personas distinto a los espacios habitacionales y a los espacios arquitectónicos en los cuales todo indica que fueron ocupados por sacerdotes o militares; así como a los de gobierno, sin dejar de estar asociado a un templo, pero de mayores proporciones a los usuales, aunque sencillo. Por último, su asociación a la unidad arquitectónica en donde se localizaron los murales.

Se denota la importancia de la plaza como espacio de reunión no ritual, sino de esparcimiento, y los cuartos a su alrededor proveen luz y ventilación a las demás estructuras. También hay mayor calidad del sistema de drenaje, en cuanto servicios urbanos, para captar el agua de

² Según el lingüista Alfredo Celestino, significa “el lugar en donde se sana la gente”.

lluvia por medio de un eficiente sistema de alcantarillas y garantizar un determinado nivel de limpieza para los residentes de estas habitaciones –quizás enfermos o quienes aplicaban algún tipo de curaciones de esa unidad dedicada a la salud.³

Consideramos que las características de Tepantitla, como espacio arquitectónico, están en concordancia con sus funciones, respecto a la importancia de la comunidad en la ciudad y el estado. En ese sentido, es posible afirmar que el “hospital” o *tlapatini* como institución debió existir no sólo aquí, sino en varios lugares de la gran metrópoli.

Los murales de Tepantitla

En las últimas décadas, el análisis iconográfico ha encontrado un mayor apoyo en la estructuración de los análisis semiológicos para desglosar cada uno de los signos, símbolos y demás elementos gráficos que constituyen las pinturas murales, con la intención de comprender el sistema de escritura pictográfica con la que los artistas prehispánicos lograron expresar sus ideas, sus historias y hasta los conceptos filosóficos que quedaron plasmados en los diversos objetos de arte de su época.

Algunos estudiosos, como Zoltan Paulinyi (2007), sostienen que hay evidencias en favor de que la deidad en el mural de Tepantitla podría corresponder a una diosa del agua o a la diosa del agua teotihuacana, aparentemente vinculada con el dios de la lluvia, aunque de menor importancia que éste, ya que puede observarse a la diosa y debajo de ella el emblema del dios de la lluvia en un marco en forma de cueva de la plataforma-montaña. En el arte teotihuacano ambos dioses aparecen como árboles cósmicos, al igual que Tláloc varios siglos más tarde. La diosa de Tepantitla, pese a que según su naturaleza pertenece al universo acuático, en su papel de árbol cósmico parece encarnar la oposición interna agua-fuego de éste, al exhibir símbolos de fuego. También las cuatro trompetas de caracol ubicadas bajo el árbol cósmico de Tepantitla corresponden a símbolos acuáticos de las direcciones cardinales, lo cual lo convierte en el centro del universo. La descripción detallada en torno a las imágenes de ésta y sus diferentes interpretaciones previas se encuentran principalmente en la obra de Esther Pasztory (1973, 1976, 1976; Taube 1983; Berlo 1992, en Paulinyi Z. 2007), según los cuales la diosa habría sido la

³ Consultar el plano de Tepantitla (Fuente 1995: 140).

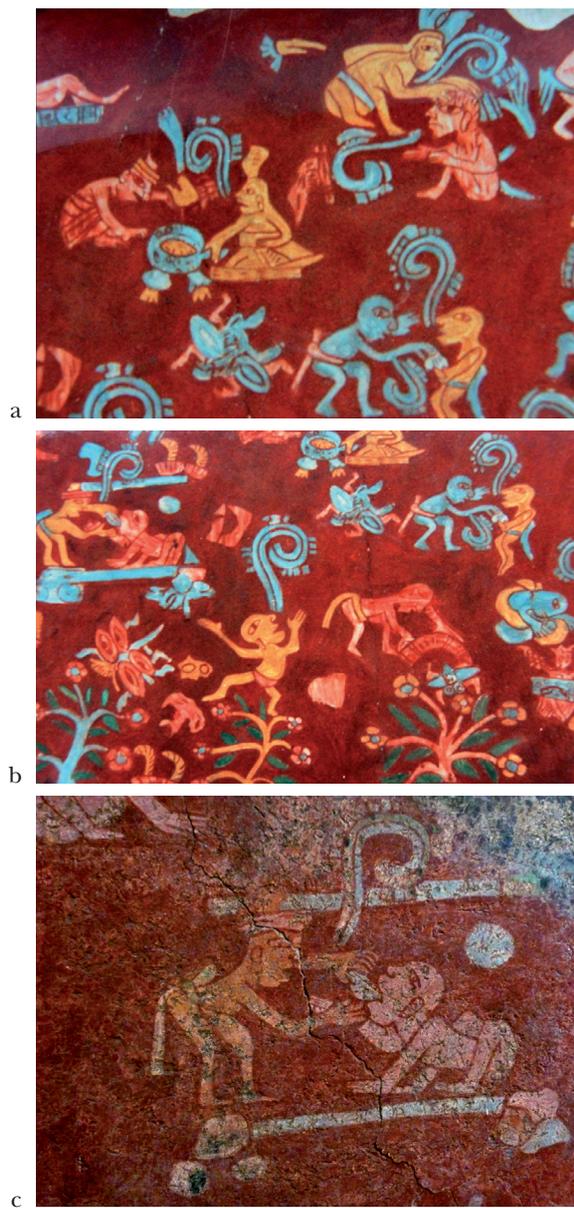
versión teotihuacana de la azteca Xochiquetzal (Pasztory) o la mujer araña teotihuacana (Taube) o una manifestación de la Gran Diosa (Pasztory y Berlo). Aunque también pudo corresponder a la montaña sagrada (López Austin), como se había referido para las pirámides.

Según Sodi Miranda *et al.* (2004: 863), el mural se divide en tres sectores: en el inferior, el Juego de Pelota con sus diversas representaciones; en la parte media, la representación de la deidad del agua conocida como Tláloc y sus tlaloques con una gran variedad de plantas y fauna que los acompañan; y en la parte superior se observa el nivel de piso terrestre con el crecimiento de plantas que parecen ser maíz. Todo el ceremonial se realiza bajo la tierra, sitio donde se recibe el líquido que permite que la vida germine en el lugar de la oscuridad, desgarrando la tierra para que la planta emerja, venciendo los poderes de la muerte a través de la vida misma, como parte de un ciclo vida-muerte-vida.

Sin embargo, consideramos que las interpretaciones que se hagan de los murales deben relacionarse con las características y distribución de sus espacios, al igual que sucede en otros casos de Teotihuacan y otras formaciones sociales mesoamericanas, en ese sentido, en los muros que forman parte de esta unidad, ubicados al noreste del conjunto. Como parte de un conjunto contextualizado y alrededor del patio central, se representa una serie de murales que se estructuran en esta orientación:

En el muro principal, ubicado al oeste, se representan escenas en donde los especialistas atienden diferentes tipos de afectaciones.

- Un personaje semiflexionado que le aplica una especie de compresa a otro representado con el pene erecto (figura 1a, 1b).
- Otro personaje aplicando una compresa en la cabeza de un individuo (figura 1a).
- Dos personajes haciendo algún tipo de mezcla (figura 1a).
- Un personaje en actitud de extraer una pieza dentaria con una especie de cuchillo de pedernal a un personaje dispuesto sobre sus extremidades y con la boca abierta en donde se introduce el pedernal (figura 1b, 1c).
- Interacción de dos individuos, uno de ellos apoya su pie sobre la rodilla del otro. Mientras le sostiene el brazo en alto con su mano.
- Un personaje que apoya su pie sobre la rodilla de otro, mientras lo sostiene por las manos con las suyas.



Figuras 1. Segmentos de la pintura ubicada en el muro de acceso al cuarto oeste, en donde se representan escenas relacionadas con terapias en el tratamiento de algunas afecciones corporales.

- Un personaje que le sopla con una especie de acocote sobre la cabeza a un sujeto recostado que se cubre la cara con algo parecido a una máscara.
- Un personaje recostado sobre una especie de tabla como en actitud de reposo.

En cambio, en el lado sur del acceso del mismo cuarto, como complemento se conservan pinturas que aluden a la relación hombre-naturaleza y a los ecosistemas de pantano con agroecosistemas de campos drenados, en donde se representan la planta *atlacuetzon* –lirio acuático–, que se utilizaba como abono (Lot y Corona Sánchez 1969), y nopales. Teotihuacan se construyó en un área de ecotono, en medio del inicio de una zona de pantanos ubicados al sur de la ciudad y consecuente con la existencia de más de cincuenta manantiales, y hacia el norte y noreste una amplia zona semidesértica; ambas relacionadas con el uso múltiple y diferenciado del ambiente (Toledo 1989), pero que de manera complementaria permitía ampliar los recursos de la naturaleza, que eran la base de la reproducción de la sociedad; es decir, son representaciones de los espacios agrícolas como principal actividad de trabajo, que debieron ser el referente de algunos tipos de enfermedades y padecimientos de los teotihuacanos.

En ese sentido, en los muros del lado norte, por estar semidestruidos no se alcanza apreciar más que zonas de cultivo en pantanos a manera de chinampas sin ahuejotes; a diferencia del sector sur, en donde se observan sobre el área agrícola –chinampera– una serie de locativos referentes a distintas plantas, que el biólogo Lauro González Quintero⁴ ha calificado como medicinales, como si se tratara de un herbario (figura 2); incluso se distinguen escenas de personajes que están aparentemente preparando infusiones con ellas, como se encuentra anotado en el código de curaciones y tratamientos –patológicos– por el médico –*ticitl*– Xohuan Badiano.⁵

En este contexto, observamos en el acceso del edificio en el mismo rumbo, sentido y continuidad mural otras representaciones de pinturas de plantas curativas, entre las que ha identificado la *ololiuhqui*, que según Sahagún (2007) tenía propiedades narcóticas, que debieron ser utilizadas por los *ticitl* en el *tlapatini* teotihuacano.

⁴ Comunicación personal sobre las plantas representadas en los murales de Tepantitla.

⁵ *Código Badiano*.



Figura 2. Pintura del muro sur del edificio principal del *tlapatini* de Tepantitla con representaciones de plantas medicinales.

EL TLALOCAN

La identificación de este mural ubicado en el lado este del interior del patio del edificio, como si se tratara del remate del conjunto descrito en los muros anteriores, es la más completa de Tepantitla; ha sido estudiado por Alfonso Caso (1942), Laurette Sejourné (1966) y Jorge Angulo Villaseñor (2004), que al relacionarlo con el inframundo, basados en un ejercicio de contrastación con las fuentes mexicas, lo identifican como el Tlalocan o el lugar de Tláloc –*tlalli* = tierra, *octli* = jugo–, el jugo de la tierra o el agua de los manantiales, surgida de la naturaleza, como la base del mantenimiento de la vida humana, de las lagunas, de los ríos y de los agroecosistemas. Por ello, se representa continuamente en este mural, al igual que en Tetitla, con un nenúfar en la boca, asociado a los pantanos, o sosteniendo un par de ollas con la efigie del mismo dios, con sus orejeras, bigotera, colmillos de jaguar y la flor en la boca.

Más que de la muerte, se trata de una representación asociada a la vida. Sin embargo, la figura central se ha perdido, por lo que no se cuenta con todos los elementos para interpretarla en términos iconográficos. Se representa surgida de una montaña sagrada, con corrientes de aguas terrestres y marinas, así como estrellas, de la que surge la deidad que se apropia del agua de lluvia que escurre de sus manos y se identifica con una máscara geométrica en forma de rombos, de manera distinta a su representación tradicional, como si se tratara de un volcán, o dios viejo

del cerro, del que surge una serie de plantas que se entrelazan a manera de serpientes, las cuales rematan en flores parecidas a las identificadas como *ololiuhqui*, recorridas por insectos, y de las que se desprenden arañas, que consideramos hacen alusión a animales curativos o del inframundo, además de una serie de aves parecidas a quetzales que los rodean y se asocian a glifos de difícil identificación.

Es posible que se trate de una representación de la montaña sagrada asociada a la vida y a la muerte como otra acepción de Tláloc, más relacionada con los Tlalocan que menciona Sahagún, como lugar de los difuntos que se identifican con la labor agrícola o con las enfermedades asociadas al agua, como hidrópicos, ahogados, muerte por un rayo, entre otros.

Creemos que puede ser un mural resultado de una cosmogonía compleja, más que la representación de un Mictlan –espacio de la muerte–, que debió haber funcionado como una especie de psicoterapia para el enfermo que acudía a buscar la salud en ese recinto.

En un segundo plano dentro de la misma escena, se representa un grupo de sacerdotes con tocado de ave, asociados a plantas cultivadas, como el maíz, el frijol y el cacao que controlan en sus manos, tal vez sean alusiones a gobernantes o a administradores (sabemos que el este en Teotihuacan como espacio sagrado se asociaba al gobierno y al cultivo expresados como instancias básicas de Tláloc como deidad patronal de la ciudad y del estado).

REPRESENTACIÓN DEL MICTLAN, LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE

Ahora bien, situados debajo de la representación de Tláloc, en los muros norte y sur, están dos especies de inframundos o Tlalocan. Según el arqueólogo Jorge Angulo Villaseñor, aunque esas escenas habían sido ya identificadas por Alfonso Caso como el relato descriptivo del paraíso de Tláloc, en el sector sur se presenta un personaje que desciende de la montaña sagrada dando un extenso discurso mientras llora al sureste. De su ombligo sale agua que se liga con un río, el cual en su parte central se asocia a una cascada en donde otros personajes nadan y retozan, mientras que otros en tierra, de manera colectiva, realizan distintos juegos o persiguen mariposas.

En cambio, en el sector sur del mismo mural se representan personajes mejor ataviados que de manera colectiva realizan distintos juegos, como pegarle a la pelota con un palo en una cancha limitada por estructuras y marcadores. Como si de alguna manera el acceso al inframundo fuera diferencial según los diferentes sectores sociales (figura 3).



Figura 3. Representación de un Tlalocan o espacio del inframundo, pero referido a la clase social dominante de Teotihuacan. Nótese que además de las vestimentas y tocados, también está representado un jugador obeso y otro con deformación en los pies.

Llama la atención que los personajes en estos espacios del inframundo ostentan diferente color –rojo, azul, blanco, amarillo–, que pueden asociarse a distinto tipo de enfermedad o a los cuatro Tlalocan (Sahagun 2007) de los espacios sagrados del universo, con lo cual este espacio del *tlapatini* ligaría la relación sociedad-naturaleza con la cosmogonía como un todo.

CONSIDERACIONES FINALES

Recientemente, Teresa Uriarte (2000), en su tesis doctoral y en otras publicaciones, propone una nueva lectura del mural noreste, en donde además de la simbología relacionada con el juego de pelota, como la lucha

de contrarios, la fertilidad y el sostenimiento del cosmos, refiere que en la iconografía hay animales y plantas que en principio parecerían no tener conexión alguna con el ritual del juego. En estos murales se plasmó a los participantes en el juego de pelota, sus ritos y mitos asociados. Tal vez no directamente relacionados con dicho juego, pero sí a las estaciones de verano e invierno en que se realizaban, y asociados a un calendario sacro, se pintó a los participantes en el juego de pelota aludiendo a sus mitos y a sus rituales de sacrificio, como parte de los personajes que recurrían a este “paraíso”, en donde se continuaba el juego. Es decir, todo ello convalida el valor social, político, ideológico y cosmológico de los murales, y reafirma la concepción del uso y aplicación de la terapia medicinal en tiempos prehispánicos como parte de un todo articulado, producto de una tradición cultural de un modo de producción como fue el que imperó en el estado teotihuacano. Pero además se han pintado muchos otros elementos que deben “leerse” en conjunto y no en forma parcializada. Tepantitla habla de cómo los teotihuacanos consideraban la vida, la muerte, de que existían diferencias sociales entre ellos. También han quedado plasmados diferentes elementos de la naturaleza que les rodeaba: plantas, tipos de agua, tipos de suelo, que no pasaron desapercibidos. Al contrario, como lo demuestran en un sector de estos murales y los materiales utilizados en las construcciones, los teotihuacanos observaron e identificaron las propiedades de su entorno. Lo que evidencia que al menos un sector de la población tenía acceso a una mejor calidad de vida.

En este trabajo hemos plasmado la propuesta de observar a Tepantitla no sólo como un mural que muestra algunos aspectos de esta compleja y vasta urbe, sino que también muestra las prácticas curativas que los teotihuacanos utilizaban y que tal vez están relacionadas con la peculiar disposición arquitectónica de este espacio, que es justo lo que la arqueóloga Eulalia Guzmán subrayó en 1937, al interpretar que este lugar era una clínica u hospital.

REFERENCIAS

ANGULO VILLASEÑOR, JORGE

- 2004 Algunas representaciones de los elementos que dan lugar a la vida en el pensamiento cosmogónico mesoamericano, Beatriz Barba de Piña

Chan (coord.), *Iconografía mexicana V. Vida, muerte y transfiguración*, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica, 460), México: 15-29.

CABRERA CASTRO, RUBÉN

2002 (2000) Teotihuacan cultural traditions transmitted into the Postclassic according to recent excavations, D. Carrasco, L. Jones y S. Sessions (eds.), *Mesoamerica's Classic heritage: from Teotihuacan to the Aztecs*, University Press of Colorado, Boulder: 195-218.

CASO, ALFONSO

1942 El paraíso terrenal en Teotihuacan, *Cuadernos Americanos*, 6: 127-136.

CERVANTES REYES, LIZETH AZUCENA

2007 *La pintura mural y la función de los espacios en los conjuntos del barrio La Ventilla, Teotihuacan*, tesis, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México

FUENTE, BEATRIZ DE LA (COORD.)

1995 *La pintura mural prehispánica en México*, tomo 1, Teotihuacan, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

GONZÁLEZ MIRANDA, LUIS ALFONSO

2009 *Entierros de Teotihuacan explorados de 1980 a 1982*, Instituto Nacional de Antropología e Historia (Catálogos), México.

GUZMÁN, EULALIA

1972 Disquisiciones acerca de Teotihuacan, *Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Teotihuacan*, Sociedad Mexicana de Antropología, México: 125-139.

LOT, ANTONIO Y EDUARDO CORONA SÁNCHEZ

1969 *El atlacuetzon en los murales de Teotihuacan*, Instituto Nacional de Investigaciones sobre Recursos Bióticos, México.

MARGAIN, CARLOS R.

1966 Sobre sistemas y materiales de construcción en Teotihuacan, *Onceava Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, Teotihuacan*, Sociedad Mexicana de Antropología, México: 167-211.

MILLON, RENÉ

1973 *The Teotihuacan map*, part 1, University of Texas Press, Austin.

PAULINYI, ZOLTÁN

2007 La Diosa de Tepantitla en Teotihuacan: una nueva interpretación, *Cuicuilco*, 14 (41): 243-272.

RATTRAY, EVELYN C.

1978 Los contactos Teotihuacan-Maya vistos desde el centro de México, *Anales de Antropología*, XV: 33-52.

SAHAGÚN, FRAY BERNARDINO DE

2007 *Historia de las cosas de la Nueva España*, Porrúa, México.

SEJOURNÉ, LAURETTE

1966 *Arquitectura y pintura en Teotihuacan*, Siglo XXI, México.

SERRA PUCHE, MARI CARMEN

1980 La unidad habitacional en Terremote-Tlaltenco, D. F. Un análisis de distribución espacial para definir áreas de actividad, primera parte, *Anales de Antropología*, XVII: 167-185.

SODI MIRANDA, FEDERICA Y DAVID ACEVES ROMERO

2004 El Juego de Pelota de Chichen Itzá: una ceremonia de fertilidad para la tierra y su relación con el *Popol Vuh*, J. P. Laporte, B. Arroyo, H. Escobedo y H. Mejía (eds.), *XVII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2003*, Museo de Arqueología y Etnología, Guatemala: 862-869.

SOMOLINOS D' ARDOIS, GERMÁN

1984 La medicina teotihuacana, Alfredo López Austin, y Carlos Viesca Treviño (coords.), *Historia General de la Medicina en México*, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México-Academia Nacional de Medicina, México: 81-86.

TOLEDO, VÍCTOR MANUEL

1989 *Naturaleza, producción y cultura. Ensayo de Ecología Política*, Universidad Veracruzana, Jalapa.

URIARTE, MARÍA TERESA

2000 Mariposas, sapos, jaguares y estrellas. Prácticas y símbolos del juego de pelota, *Arqueología Mexicana*, VIII (44).